

*En trabajo social, constituye un lugar común decir que los trabajadores sociales tenemos problemas no sólo para definir nuestra identidad profesional -"¿qué o quiénes somos?"-, sino también, para asumirla. No es acerca de esta constatación que deseo reflexionar, otros autores ya lo han hecho suficientemente, sino más bien proponer algunas nociones mediante las cuales se problematice esta situación para, en un momento posterior, relanzar la discusión en torno a la posibilidad de configurar identidad a partir de la detección de ciertos ejes que respondan no sólo a nuevas necesidades sociales y a imperativos de cambio y evolución de la profesión, sino también a aquello que constituye y ha constituido su sello: intervenir a nivel social para transformar (mejorar) situaciones constituidas como problemas sociales.*



## Notas para su problematización

# Trabajo Social e Identidad Profesional<sup>1</sup>

Ana María Álvarez R.<sup>2</sup>

### La noción de identidad social

Para el desarrollo de esta reflexión, proporcionaremos algunas definiciones de identidad, que en este contexto entenderemos esencialmente como "identidad social"; luego las vincularemos con determinadas características que la identidad profesional ha asumido históricamente, para concluir con un cierto número de sugerencias respecto de los sentidos en torno a los cuales podría hoy articularse nuestra identidad como profesión.

Habermas señala que la identidad constituye un proceso de asimilación de las generalidades simbólicas de un cierto número de roles

1 Ponencia presentada al Seminario Taller: "Trabajo Social, Identidad y Especificidad Profesional", realizado en Concepción, Chile, el 26 y 27 de abril de 2000. Universidad de Concepción.

2 Trabajadora Social, docente Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez.

aprendidos por el niño en su entorno familiar y, luego, de las normas de acción de grupos más amplios. La identidad natural de base orgánica sería progresivamente sustituida por una identidad de roles de apoyatura simbólica (Habermas, 1985). El autor entenderá entonces la identidad como *identidad de roles*. Lo anterior implica que a nivel social se crean expectativas de comportamiento relativamente estables y estructuradas, en función de ideales del yo<sup>3</sup> compartidos colectivamente de un modo más o menos inconsciente (Habermas, op cit, 1985). Se trata de un modelo de referencia del yo a la persona de los padres y de los educadores, en que el sujeto ha intentado reconocerse y definirse para forjar un proyecto personal y asumir los roles que le son asignados por su medio familiar y social.

Podríamos relacionar lo que Habermas llama "identidad natural" de base orgánica, con aquellos roles ejercidos en los inicios de la profesión, suficientemente conocidos por todos y ampliamente descritos en los trabajos de Ander-Egg, Torres, Alayón, entre otros. Roles cuyo fundamento último se encuentra en la necesidad de intervenir para aliviar, contrarrestar y disminuir el sufrimiento social generado por la pobreza y por las dificultades para satisfacer necesidades, expectativas o aspiraciones asociadas a la supervivencia o a las exigencias contextuales en cada período. Es este imperativo "reparador" y "redistributivo" el que, en aquel momento, se encuentra ocupando el lugar de "ideal del yo" de la colectividad profesional, con las consecuentes expectativas sociales surgidas a partir del desempeño de determinadas funciones ligadas a ese

rol. Expectativas cuya naturaleza se modifica de manera mucho más lenta que lo que cambian las definiciones que la profesión hace de sí misma. Este hecho explica, en parte, el desfase que suele existir entre la visión que el profesional tiene de sí mismo y de sus competencias, y aquello que quienes demandan sus servicios, esperan de él.

Así, la posibilidad de sustitución progresiva de la identidad de "base natural", a la que nos referíamos anteriormente, estará dada por la capacidad que el sujeto tenga de tomar distancia crítica de los roles que la sociedad le adscribe. Ello dependerá, en gran medida, de su nivel de *autoconciencia*; es decir, capacidad de *reflexión, reconocimiento y autorreconocimiento*. Esta conciencia generalizada es, para Habermas, la disposición del individuo a reflexionar sobre sí mismo, a entrar en comunicación con su historia y biografía personales, para conocerse y reconocerse recíprocamente como yo. Esta identificación que realiza, en primera instancia, el niño para localizarse en el mundo de acuerdo con los roles y normas sociales existentes, llevan al individuo al establecimiento de una identidad convencional que se descompone durante la adolescencia (Habermas, op. cit., 1985). El yo no puede continuar identificándose consigo mismo por medio de los roles particulares y de las normas previamente encontradas. Esto implica, según el mismo autor, que una **identidad lograda** suponga la capacidad de construir identidades sucesivas y de integrarlas con las superadas, en una perspectiva de organización de sí mismo y de las interacciones personales, en torno a una historia inconfundible e insustituible. Del mismo modo, toda profesión sufrirá modificaciones en sus definiciones originales acerca de los "qué es"

3 La noción de ideal del yo designará, desde una perspectiva psicoanalítica, a aquella instancia diferenciada del yo, construida en función del propio ideal de sí mismo y del modelo parental al cual se refiere. (Diccionario de Psicoanálisis, Ferlicia, 1982)

y de lo "qué hace" -en particular, el Trabajo Social cuyos roles están tan estrechamente vinculados a las características del contexto donde se despliegan-, debiendo *integrar* y no *negar* estas identidades sucesivas a las ya superadas. Ello aumenta sus posibilidades de trascender esta identidad más básica o ciertos rasgos que aun se refieran fuertemente a ella, si ya no satisfacen expectativas de la profesión respecto de sí misma, ni tampoco expectativas de los otros hacia la profesión. De este modo, en la medida que el Trabajo Social no sólo tome distancia crítica de los roles adscritos, tarea que me parece ya fue emprendida por la profesión desde hace por lo menos 40 años, sino también integre aquellos aspectos, características o rasgos que su identidad fue adoptando en distintos momentos de su evolución como profesión (en una historia que, por una parte, no niegue ni desconozca su pasado, y por otra, potencie rasgos identitarios que constituyen, por decirlo de algún modo, su "esencia"), estará más cerca de alcanzar lo que el autor referido llama una "identidad lograda", que en ningún caso significa una identidad concluida o definida de una vez y para siempre.

En otras palabras, se trata de la posibilidad de permanecer, de algún modo, referido a aquello que, en lo esencial, constituye lo que podríamos denominar un cierto "eje" o "núcleo" profesional identitario de base, capaz de mantenerse, en cierta forma, inalterado, a pesar de las dificultades y transformaciones profundas a las que nuevos escenarios y experiencias lo hayan confrontado. En este sentido, Nidia Aylwin sostiene que *"es necesario rescatar la historia olvidada de la profesión. Y ésta es una tarea urgente, porque aún existen entre nosotros numerosos profesionales que participa-*

*ron activamente en la etapa clásica del Trabajo Social. Conocer sus experiencias, recoger sus testimonios, recopilar la documentación que sin duda aún conservan, nos permitirá reconocer y ampliar el conocimiento de la historia del Trabajo Social en cada uno de nuestros países. Y de allí surgirá, no lo dudo, una nueva visión de nuestra historia que, complementando las ya existentes, afianzará nuestras raíces y nos ayudará a transmitir a los futuros Trabajadores Sociales una identidad más sólida y positiva para enfrentar los desafíos del futuro"* (Aylwin, 1999: 79).

En esta misma línea, Cristina Rovira, en un artículo acerca del imaginario social del colectivo profesional, plantea que la disciplina del Trabajo Social tiene una identidad propia caracterizada social e históricamente por significantes, mitos y ritos que organizaron y organizan su mundo simbólico (Rovira, 1995). Estos ritos se visualizan, según la autora, en actitudes de fatalismo inmovilista (aquella que recoge los aspectos de una identidad negativa: "en trabajo social nada se puede", "la estructura no permite hacer nada") o en comportamientos mesiánicos militantistas (opuesto a lo anterior, denota la cara positiva de la identidad: "el trabajo social todo lo puede", "éste es el camino del cambio", etc.). Ambas definiciones, señala Rovira, si bien se presentan como extremas y opuestas, mantienen una raíz común de carácter conservador, acumulativo y excluyente. Es decir, no habría, en apariencia, una integración problematizante de las sucesivas identidades del profesional, mediante una acción reflexiva que resuelva la tensión entre rasgos identitarios aparentemente opuestos<sup>4</sup>.

4 Respecto a este punto, iluminadoras resultan los resultados de una investigación llevada a cabo en Bélgica por Guy Bujot acerca del "Oficio de Asistente Social", donde se concluye

Es entonces, en este proceso de conocimiento y autorreconocimiento reflexivo, cuando pueden forjarse identidades con posibilidades de autonomización y, al mismo tiempo, de individuación. Creo que todos estamos de acuerdo en que a la luz de las características sociopolíticas e históricas de contextos como aquéllos de la década del 30' al 50', el Trabajo Social no podría haber asumido una identidad colectiva distinta a aquella que Ander-Egg denomina, primeramente, "Benéfico-Asistencial" y más adelante, "Aséptica-Tecnocrática". Lo anterior, considerando que el eje identitario de base era, en aquel momento, el servicio y la asistencia; rasgos que en la práctica la profesión conserva hasta nuestro días, aun si constatamos que dichos rasgos han sido redefinidos en sus fundamentos y modalidades de expresión.

Cuando los individuos o las colectividades no logran conservar esta vinculación profunda con aquello que hemos denominado su núcleo identitario, suelen forjar lo que se conoce como "identidades coactivas", dañadas o escindidas (Habermas, op. cit., 1985). Es decir, sujetos o grupos que han fracasado en su intento de reorientarse productivamente a partir de nuevas definiciones de sí mismos. Personalmente sostengo, y así lo revelan algunos textos elaborados por Trabajadores Sociales vinculados al mundo académico aquí en Chile y en Argentina, que el Trabajo Social, particularmente en estos últimos 5 años, ha hecho un esfuerzo de redefinición progresiva de su identidad, que intenta conservar, por una parte, ese núcleo identitario de base expresado en la idea de "servicio", de cambio, de transformación, de mejoramiento de las con-

diciones sociales de los sujetos, de contribución al desarrollo humano, de superación de la pobreza, etc.; y por otra, también aspira a hacer emerger y a redefinir algunos elementos que le den posibilidades de forjar una identidad renovada. No me parece que estemos frente a una identidad profesional escindida o forzosamente dañada; creo, más bien, que nos encontramos en un proceso de recomposición de nuestra identidad, a partir de un intento de integración crítica del pasado.

No obstante lo anterior, el solo deseo de diferenciarse de los otros y de querer demostrar que el papel desempeñado a nivel social reviste un valor y merece, por tanto, una cierta consideración, no bastan para consolidar una identidad. También se torna fundamental atender a las características generales y específicas del tipo de sociedad al interior de la cual se despliegan estas identidades y de las valoraciones asociadas a las respectivas posiciones ocupadas por los sujetos (status).

En esta perspectiva, resulta clarificadora la definición que Jean De Munck hace de la identidad como estando configurada por tres dimensiones básicas: la discursiva, la social y la motivacional (De Munck, 1995: 9). La primera se refiere a la importancia de la palabra como instancia mediadora fundamental entre el sujeto y el medio, que le permite, además, otorgar sentido a las relaciones que establece y a su experiencia individual. La segunda, *social*, sostiene que no hay identidad posible sin una relación al otro expresada bajo la forma de las relaciones sociales. El vínculo social pareciera ser, según el autor, "un paso obligado de las identidades singulares" (De Munck, 1995: 9), cuya función es enmarcarlas y canalizarlas en un sistema de normas y valores colectivamente producido y compartido. La tercera y últi-

que habría, entre los Trabajadores Sociales, un malestar externo (vinculado a la evolución de las condiciones de ejercicio del rol) que pone en evidencia un malestar interno (vinculado a las contradicciones en el ejercicio del rol).

ma vertiente es motivacional. Ello se refiere al reconocimiento del individuo como portador de un deseo, de un proyecto personal, en cuyo despliegue y desarrollo invertirá parte de su energía vital. La identidad social sería la resultante de la conjunción más o menos armoniosa de estas tres vertientes. Si alguna de ellas se encuentra amenazada, o con escasas posibilidades de desplegarse conforme a las necesidades y expectativas del sujeto, hablaremos, en palabras del autor, de una identidad *gangrenada*. Pareciera que la modernidad, con su tendencia a monopolizar el discurso social en favor de la ciencia, la técnica y los medios de comunicación, la tecnificación de la vida y de la experiencia individual, la pérdida de credibilidad de las tradiciones políticas y religiosas, el sentimiento de inautenticidad profunda de la existencia y la diversificación de roles con su consecuente asociación a rígidos sistemas de estratificación social, entraba la realización efectiva de estas tres dimensiones de la identidad (De Munck, op. cit., 1995: 9-10). Así, las posibilidades de que la profesión obtenga reconocimiento social y también sea valorizada en virtud de ciertas competencias que van más allá del componente asistencial tradicionalmente atribuido, no depende sólo de los esfuerzos del colectivo profesional por modificar esta situación y estas expectativas, sino también de condicionamientos vinculados al contexto. En una investigación llevada a cabo por Guy Bajoit en Bélgica acerca del oficio de asistente social, citada a pie de página, queda en evidencia esta situación: (...) *los asistentes sociales no se reconocen más en la imagen que los otros les devuelven. "Nos piden hacer cosas que son contrarias a nuestro compromiso" (...) señalan algunos de los entrevistados. Se nos pide ser agentes de control, "asfaltadores", gestores de la miseria, y no ga-*

*rantes de los derechos de los usuarios, de los actores del cambio social (...) existe una separación entre la identidad para sí mismo y la identidad para los otros (...) La denominación misma de "asistente social" es problemática porque devuelve a un imaginario de asistencia. Por otra parte, hoy día es difícil mantener una identidad generalista en la medida que hay una complejización, una diversificación y una especialización del trabajo social. Ello tiene como consecuencia que las cualidades demandadas sean más técnicas, mientras que los asistentes sociales estructuran una parte importante de su identidad sobre sus competencias relacionales y críticas* (Bajoit y otros, 1997: 26-27).

A partir entonces de estas vertientes constitutivas de la identidad, intentaremos poner en circulación algunas ideas que podrían contribuir a fortalecer las dimensiones discursivas, sociales y motivacionales de la identidad de los Trabajadores Sociales, focalizando el análisis de esta última dimensión al tema de la constitución de actores sociales. Bajo dicha denominación, reconocemos tanto al individuo, grupo o comunidad asistida, como al propio Trabajador Social.

### **Lo discursivo, lo social y lo motivacional**

Antes de profundizar en los puntos señalados precedentemente, quisiéramos caracterizar brevemente a la profesión y la tarea que, desde nuestra perspectiva, está llamada a realizar. Asumiremos que lo que distingue al Trabajo Social es su capacidad de constituir situaciones de carencia o dificultad en problemas abordables y susceptibles de ser resueltos en

una modalidad que combina lógica de proyectos con estrategias de acción individuales y colectivas. Estamos conscientes de que los elementos distintivos de la profesión y el amplio espectro de situaciones y espacios institucionales al interior de los cuales se mueve proporcionan un extenso margen a la posibilidad de intervenir en la realidad y, consecuentemente, de desempeñar roles y funciones diversas, cuyos límites formales no son tan fácilmente pesquisables, y originan, en consecuencia, identidades diferenciadas. No obstante, siguiendo a Estela Grassi, "lo que define al trabajo social es que su objeto es, primero (en términos lógicos, no temporales) **objeto de intervención**, en el sentido que su práctica está explícitamente dirigida a producir alguna modificación en la situación problemática puntual en relación a la cual está llamado a actuar. Y su objeto de intervención, inmediato o empírico, son aquellas situaciones puntuales en las que están involucrados actores diversos y que se enmarcan en lo que -en un plano más abstracto- una sociedad (o un sector de ella con capacidad de hacer hegemónico su criterio) define como problemas sociales (Grassi, 1995:42). De esta manera, intervención, modificación de situaciones problemáticas, implicación de actores diversos, aparecen como elementos claves que otorgan una cierta especificidad al trabajo profesional.

Sin embargo, investigaciones llevadas a cabo en relación con este tema (Bajoit, 1997) subrayan el hecho que el rol del asistente social se construiría primeramente "en y en torno" a la relación con el usuario<sup>5</sup>. Pareciera ser que la

finalidad inherente a su rol social, que es, además, aquello que le da su sentido cultural, se articularía alrededor de la aspiración de promover "el bien de la persona" y el logro de una sociedad igualitaria. Es en la manera en que se realiza esta finalidad donde se observan distintas concepciones que emergen como resultado de la atribución de las causas que generan la situación/problema y de los medios para salir de ella<sup>6</sup>. Este punto resulta particularmente interesante por dos razones. Una, se vincularía a la importancia atribuida a la relación con el usuario y a la gratificación que resultaría de ella, y dos, al hecho que la finalidad pueda ser realizada a través de concepciones diferenciadas del rol. Frente a la primera constatación, queremos advertir sobre los efectos negativos que creemos que trae como consecuencia constituir una identidad profesional cualquiera que sea ésta, en torno a los efectos secundarios de una intervención (el afecto y reconocimiento del "asistido" y la valoración que el contexto institucional hace del aporte profesional). Ello podría restar importancia a la pregunta por la efectividad del servicio prestado o amparar situaciones de ineficiencia técnico/profesional. No obstante, como sostuvimos anteriormente, el rol se relaciona no sólo con una definición hecha desde el profesional, sino también con las expectativas que respecto de dicho rol existen. Habría entonces que intencionar, progresivamente también, una modificación en la visión que los usuarios tienen de él o de los aportes específicos de la profesión. Creo que la importancia atribuida a la

5 Resultados similares se obtuvieron en un estudio llevado a cabo por Ruth Lizana en la Comuna de Colina el año 1999, donde la mayoría de las entrevistadas, trabajadoras sociales, sostiene que su máxima gratificación profesional se da en la relación con el usuario. Al respecto, la autora concluye que el componente afectivo constituye un elemento fundamental del quehacer profesional, lo que dificulta doblemente la

capacidad de distanciarse críticamente de dicho rol para resignificarlo en función de connotaciones más técnicas (Dubet, 1996). Lizana plantea que una posibilidad de salir de esta "impasse" está dada por una reelaboración colectiva del sentido del rol y de las funciones profesionales.

6 Es así como el autor identifica cuatro posibles roles para el trabajador social: como agente de control social, como garante e intermediario entre derechos y deberes, como militante y como gestor social (desarrollo de estrategias de inserción del usuario) (Bajoit, 1997:22). Asimismo, Bajoit se

relación con el usuario debe ser potenciada en un sentido distinto, el cual, a mi juicio, debería orientarse hacia el objetivo consciente de promover y generar disposiciones y capacidades en las personas. Debe ser esto último lo que se evalúe al momento de calificar la efectividad de la intervención profesional, y no el grado de afecto o de reconocimiento generado, pudiendo ser esto un efecto "no esperado" y no por ello menos deseable y positivo. Esto implica que la vertiente discursiva de la identidad profesional deba, necesariamente, avanzar en lo que se refiere a la generación de nociones y conceptos que den cuenta de este cambio (aumento) en las capacidades de los sujetos. Lo anterior, en la perspectiva de aprender a nominar o significar procesos de transformación social; por ejemplo, cambios en la posición subjetiva de un individuo o de un grupo: pasar de considerarse a sí mismo como un mero producto de la socialización y un simple "efecto" del sistema social, a un ser con capacidad de crear y recrear normas de convivencia y de establecer modalidades de resolución de conflictos distintas a las aprendidas (pensemos en la Violencia Intrafamiliar, donde es sabido que los parámetros de disciplinamiento aprendidos en la infancia influyen significativamente en la reproducción de la conducta agresiva en la edad adulta). Creo que en el ámbito discursivo existe un amplio desafío para la profesión, fundamentalmente en lo que respecta a "afinar" aquello que queremos concretamente designar cuando hablamos en términos tan amplios y generales como "promover la autonomía, la autogestión y la conciencia crítica" de los sujetos y grupos.

refiere al tema de las **competencias** como una segunda dimensión esencial asociada al rol profesional, al **estatus social** que confiere el ejercicio de esas competencias y, finalmente, la capacidad de imponer u otros las normas de su rol, es decir, una **autoridad**.

En relación a la vertiente social, es decir, aquella dimensión identitaria que se construye en la vinculación con otros, en este caso, con nuestros pares Trabajadores Sociales, estimo que las conclusiones a las que arriba Bajoit en la investigación ya referida pueden ser, en parte, aplicables a la realidad de nuestro país. El autor señala que si bien existe, entre los Trabajadores Sociales del estudio, conciencia acerca de las tensiones por las cuales atraviesan y de las dificultades encontradas en el ejercicio del rol, ello no se traduce en acciones colectivas, reivindicaciones, necesidades de redefinición de un proyecto, presencia de movimiento social. Al respecto, Bajoit subraya que (...) "una categoría social no puede construir su identidad como grupo sobre (...) la base del (...) orgullo de sus miembros, resultado de la conciencia que ellos tienen de que sus competencias les permiten (...) efectivamente (...) aportar al bien colectivo (Bajoit, 1997: 35-36). En este sentido, no es, ni sobre la lógica del *movimiento social* (proyecto cultural + conflicto) ni sobre aquella de la *defensa corporativa* (organizarse para que la especificidad de la función profesional sea reconocida), ni tampoco sobre las lógicas de la *profesionalización* (afirmación de la competencia de "expertos en lo social" mediante la sistematización y divulgación de resultados que interpelen a las esferas de poder) ni de la *restauración* (reivindicación del poder del colectivo profesional en la perspectiva de reencontrar un rol claro y protegido) (Bajoit, 1997: 36-37) que podrá efectivamente consolidarse una dimensión social de la identidad profesional. Si cada una de estas lógicas, dice el autor citado, no es contrabalanceada por los otros polos -en una óptica de clarificación de cada una de ellas y de cuestionamiento a los límites y posibilidades de hacerlas efectivas teniendo en cuenta tanto las características del

colectivo profesional como las del contexto- se corre el riesgo de no resolver adecuadamente las tensiones y desafíos que releva esta dimensión de la identidad. Es así como para "poder definir una identidad positiva y estructurar una acción colectiva" (...) es necesario "reconocer y articular estas diferentes lógicas de acción que hoy día están ampliamente desarticuladas" (Bajoit, op. cit., 1997: 37).

Finalmente, queremos relacionar la dimensión motivacional de la identidad social con lo que hemos denominado "un proyecto al servicio del proceso de constitución de actores sociales o de promoción de capacidades en los sujetos, grupos y comunidades". Creo que el Trabajador Social despliega su acción en un campo que vamos a denominar "micro-sociológico". Estimo que corrientes teóricas tales como la sociología de la acción (Touraine), la sociología de la relación (Bajoit) y la sociología de la experiencia (Dubet) que abordan este aspecto, realizan aportes significativos en lo relativo a la posibilidad de sustentación teórica de ciertas acciones prácticas que realiza el profesional y que tienen lugar en el micro territorio, la comunidad, el vecindario, y que podrían, eventualmente, transformarse en referencias importantes que los profesionales deberán recrear, nutrir y modificar, consecuentemente las empleen para la intervención, contrastando conceptos y realidad. En esta ocasión me referiré, por cuestiones de tiempo y de manejo teórico, sólo a la sociología de la acción. Sabemos que en este enfoque la sociedad es considerada como acción y movimiento. Si bien se reconoce la existencia de la dominación social, no se le atribuye un carácter estructural sino cultural y, por lo tanto, modificable mediante la acción transformadora sostenida del suje-

to y de los movimientos sociales. Existe en este planteamiento una apelación a la constitución del individuo en sujeto y luego en actor social, ligando la dimensión de sujeto a la reflexividad, y la de actor, al desarrollo de acciones con otros, en pos de un cambio. El Trabajador Social sería, en este caso, no sólo un interlocutor privilegiado en lo que se refiere a captar e informar acerca de los recursos materiales y simbólicos concretos de los que disponen los individuos y que aumentarán o disminuirán sus posibilidades de participación activa (y/o receptiva) en la transformación de su entorno, sino también en la promoción de capacidades y disposiciones a la construcción de uno o varios proyectos de sociedad alternativos al hegemónico. Asimismo, contará con antecedentes de primera fuente que le permitirán captar la viabilidad de llevar a cabo estos procesos de reflexión acerca de la sociedad y de los problemas generados en virtud de determinados modelos de desarrollo social. ¿Qué posibilidades tienen los individuos de desplegar estas conductas problematizadoras en sociedades con procesos de democratización incipientes? ¿Deberían las condiciones adversas del contexto implicar el abandono de la tarea y la consideración de ésta como una utopía teórica o una ilusión del pasado? Estimo que la necesidad de estudiar este planteamiento dice relación con la vinculación entre los principios del trabajo social y lo que podríamos denominar los "fundamentos de la teoría del actor". Esto se asocia a la consideración del hombre, primero como libertad -socialmente condicionada, pero libertad al fin- y con capacidad de acción y transformación de su entorno. Sin duda, nos amplía el espectro de posibilidades el ver acción y construcción social allí en lo cotidiano (espacio del trabajador social en un senti-

do amplio), lugar respecto del cual antes se tendía un silencio para privilegiar el espacio colectivo (el que además era reducido a la organización formalmente constituida). En este aspecto, me parece un gran aporte que debemos explotar, pues en términos concretos "siempre" estamos haciendo sociedad. Un sujeto capaz de reflexionar sobre sí mismo y sobre la sociedad, con recursos intelectuales y sociales de los que puede disponer para poseer su entorno y no ser un mero "consumidor en los mercados", indudablemente genera condiciones de sociabilidad y de resistencia mucho mayores que aquél que "digiere" acríticamente los mensajes y las formas de organización de la sociedad que otros han definido en su nombre (o en su ausencia). Un individuo que reintegra el valor de las creencias y la subjetividad a la vida colectiva y cotidiana. Esta trilogía de la que habla Touraine entre *Individuo - Sujeto - Actor* puede ser una buena "matriz" para que los profesionales reflexionen con los grupos de base, sobre su inserción y capacidades de acción y reflexión crítica de la realidad en la que viven: ¿Qué es un actor social? ¿Quiénes pueden serlo? ¿Cómo se puede llegar a "actor"? ¿ensanchando juntos las acequias para que no se inunde la población en el invierno y, al mismo tiempo, generando conciencia entre los pobladores acerca de las causas y consecuencias de la contaminación ambiental y de los recursos a los que la ciudadanía podría "echar mano" para presionar a favor de un cambio en las condiciones del entorno?. Ciertamente se puede acotar que se trata de planteamientos teóricos surgidos en realidades contextuales distintas y obedecen a las mutaciones y

transiciones del pensamiento nacido en esos contextos. Además, la posibilidad de reflexionar y problematizar la sociedad y la vida están en gran parte dadas por el acceso a ciertos recursos intelectuales que proporcionen al individuo herramientas para ejercer la crítica. ¿Qué pasa en sociedades donde este acceso está reservado a ciertos sectores sociales? ¿Para qué ser actor, si nadie va otorgar valor a mi discurso, a mi realidad, a mi subjetividad? Es cómo decir: ¿para qué sirve un actor sin público que lo aplauda o que lo pifíe? No basta en este sentido con "creerse un cuento", también debe existir una sociedad que reconozca esa atribución y que, además, la legitime. Pienso que los trabajadores sociales pueden efectivamente transitar entre estos dos polos que creo complementarios: contribuir a que los sujetos, individuos y comunidades accedan a una palabra personal; y "moverse", junto con otros colectivos que están en una posición similar, para que esta palabra obtenga un reconocimiento por parte de las instituciones, el poder público y político en general. Y ciertamente, no estamos solos en esta tarea. Aunque la realidad parezca adversa y el momento evidencie signos contradictorios de procesos que van en sentidos opuestos, es imposible, como dice Martín Hopenhayn, que una sociedad y un colectivo viva sin utopías, es decir, sin representaciones acerca de lo deseable que acorten la distancia entre lo "que es" y lo que "quisiéramos que fuese". Si dejamos ese lugar vacío, no les quepa duda que alguien o algo lo va a ocupar, sin "permiso" y probablemente, tampoco, sin explicaciones.

## Bibliografía

- Alain Touraine: *"Critique de la Modernité"*, Editorial Payard, 1992.
- Alain Touraine, *"Pourrions-nous vivre ensemble?"*, Payard, 1997.
- Jürgen Habermas: "¿Pueden las sociedades modernas desarrollar una Identidad Racional?", en *"La reconstrucción del Materialismo Histórico"*, 1985.
- Guy Bajoit y otros: *"El oficio de Asistente Social"*, Revista Perspectivas N° 5, Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, 1997.
- Ruth Lizana I: *"Elementos constitutivos de la experiencia profesional de los Trabajadores Sociales de la Comuna de Colina"*. Tesis para optar al grado de licenciada en Trabajo Social. Universidad Católica de Valparaíso. Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Escuela de Servicio Social, 2000.
- Nidia Aylwin: *"Identidad e Historia profesional"*, Revista Perspectivas N° 8, Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, 1999.
- Jean De Munck: *"Estado de Bienestar y Nuevas Formas de Ayuda Social"*, Revista Perspectivas N° 1, Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, 1995.
- Estela Grassi: *"Trabajo Social e Investigación Social: Una relación necesaria"*, Revista Perspectivas N° 1, Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, 1995.
- M. Cristina Rovira: *"El imaginario Social del Colectivo Profesional"*, en Revista de Trabajo Social N° 64, Escuela de Trabajo Social, PUC, 1994.